

TERAPIA Y MODIFICACION DE CONDUCTA

Por Vicente Pelechano

I. INTRODUCCION

Si bien las expresiones de terapia y/o modificación de conducta son recientes, así como la tecnología que ha surgido a partir de ellas, la verdad es que la utilización de las técnicas básicas que forman hoy esta especialidad psicológica son muy antiguas. Tan antiguas como el bipedestrismo. De modo más o menos sistemático, además, se encuentran representadas desde los comienzos de la psicología científica los modelos funcionales básicos aducidos hasta hoy si bien, también hay que decirlo, hasta fechas recientes faltaban estudios sistemáticos sobre la viabilidad, eficacia y limitaciones que



VICENTE PELECHANO BARBERA, es catedrático de Psicología Evolutiva y Diferencial en la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de la Universidad de Valencia. Autor de varios libros y numerosos artículos, dirige también la revista «Análisis y Modificación de Conducta».

* BAJO la rúbrica de «Ensayo» el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes una colaboración original y exclusiva de un especialista sobre un aspecto de un tema general. Anteriormente fueron objeto de estos ensayos temas relativos a la Ciencia, el Lenguaje, el Arte, la Historia, la Prensa y la Biología. El tema desarrollado actualmente es la Psicología.

En Boletines anteriores se han publicado: *Lo físico y lo mental*, por José Luis Pinillos, Catedrático de Psicología de la Universidad Complutense; *Piaget y la psicología cognitiva*, por Juan A. Delval, Profesor de Psicología Evolutiva de la Universidad Complutense; *Modelo judicativo de la conducta*, por Carlos Castilla del Pino, Profesor de Psiquiatría en la Facultad de Medicina de Córdoba; *Tareas actuales de la Psicolingüística*, por Víctor Sánchez de Zavala, Profesor de Psicología del Pensamiento y el Lenguaje de la Universidad Complutense; *Posibilidades y límites de los tests de inteligencia*, por J. A. Forteza, Profesor Agregado de Psicología Diferencial en la Universidad Complutense; *Herencia y ambiente en la Psicología contemporánea*, por Mariano Yela, Catedrático de Psicología General de la Universidad Complutense; y *La Psicología soviética en contradistinción con la Psicología norteamericana*, por J. L. Fernández Trespalacios, Catedrático de Psicología General de la Universidad a Distancia.

estos modelos poseen (Ullmann y Krasner, 1969; Kanfer, 1975; Pelechano, 1977). La eclosión de la modificación de conducta en los últimos quince años ha sido tal (Eysenck, 1975), que resulta muy difícil encontrar en la riqueza de técnicas y modelos una serie de notas comunes y que pudieran ser aceptadas por las distintas escuelas. Y algo parecido ocurre en el caso de la definición. En los últimos años, además, se nota una sensibilidad hacia nuevas red denominaciones e incluso el autor de este trabajo ha intentado la aventura denominándola ciencia del cambio psicológico hace unos años y, recientemente, psicología intervencionista.

II. DEFINICION Y SUPUESTOS

La terapia y/o modificación de conducta podría definirse en la actualidad como la psicología experimental humana aplicada orientada hacia modelos explicativos de aprendizaje social. Unas aclaraciones sucintas a esta definición lapidaria para evitar equívocos ya desde aquí:

a) La modificación de conducta en nuestros días no puede reducirse, sin más, a psicología del aprendizaje, aunque una parte considerable de ella se encuentre inspirada por los modelos más o menos tradicionales de aprendizaje.

b) Se trata de una psicología experimental humana. Y aquí el término «experimental» está utilizado en su sentido fuerte (intervención) y no débil (observación controlada sin otra intervención subsidiaria). Y con control lo más directo posible de las variables que se consideren relevantes de la conducta humana.

c) Predominan categorías psicosociales de análisis. Es precisamente dentro del mundo social en donde se sitúan las estrategias de intervención si bien, asimismo, con un claro predominio hasta nuestros días de acciones sobre el ser humano individual o el pequeño grupo (internado en el caso de anomalías comportamentales gruesas o en centros educativos durante parte de la permanencia de los alumnos en ellos) (1).

Esta primera delimitación puede llevar sin gran esfuerzo a la enumeración de aquellos supuestos que serían compartidos por la mayoría de los modificadores de conducta de nuestros días.

1. *De todos los procesos psicológicos, aquellos comprometidos con el aprendizaje son los que ocupan el lugar prioritario.* Téngase presente que no se especifica, a este nivel, cuáles y de qué modo intervienen los distintos procesos y variables en el aprender. Se insiste en ello, sin embargo, puesto que se cree que *casi* toda la conducta es aprendida. Se explicita «*casi*», «*gran parte*», pero no se dice que toda la conducta es aprendida. Existen una serie de acciones que aparecen concomitantemente a un traumatismo craneal o en procesos tumorales cerebrales que no son explicables, en el actual nivel de conocimientos, apelando a categorías de aprendizaje.

Se requiere poner en claro, además, que no se dice aquí que por «aprendizaje» se entiendan solamente los procesos de condicionamiento clásico y condicionamiento y/o aprendizaje instrumental. Bajo el nombre de aprendizaje se esconden una serie de fenómenos psicológicos que, como el aprendizaje verbal, el aprendizaje de principios y conceptos y el aprendizaje observacional, comprometen procesos comportamentales no reductibles a lo modelos pavloviano y skinneriano.

Finalmente, hay que decir que por «aprendizaje» se entiende aquellos procesos y fenómenos psicológicos comprometidos con la recepción, adquisición, elaboración y puesta en acción de la información que recibe un organismo (en este caso, el organismo humano). Ello implica, pues, que aprendizaje es tanto la adquisición de respuestas ante una situación dada como la no emisión de respuestas ante esa situación. Aprender significa actuar de modo distinto y ello conlleva tanto realizar acciones nuevas como no realizar acción alguna.

2. *Todo ser humano puede aprender.* La psicología de la modificación de conducta supone un rayo de esperanza para los casos más graves. Defiende, desde sus presupuestos, que todo ser humano puede aprender, puede cambiar, modificar sus acciones siempre que se encuentren modos operativos de hacerlo.

Ello no quiere decir que la modificación de la conducta defienda un igualitarismo intraespecífico ni una ingenua postura ambientalista radical. Por lo que se refiere a lo primero —al igualitarismo intraespecífico—, defiende la existencia de diferencias individuales hasta el punto que significa la especialidad psicológica que con mayor rigor ha estudiado el caso individual (2). En cuanto al ambien-

talismo se refiere, hay que recordar que la modificación de conducta no niega la existencia de límites biológicos a la acción modificadora sino que, partiendo de la existencia de esos límites, intenta llevar al extremo la acción comportamental. Y no contenta con ello, en muchas ocasiones combina programas de modificación con acciones de fármacos en el tratamiento de casos graves (Pelechano *et al.*, 1976). La modificación de la conducta significa una alternativa de acción y trata de agotar las vías conocidas antes de darse por vencida.

3. *El hecho de realizar una acción modifica la probabilidad de aparición de esta acción en el futuro.* Y no, precisamente, de la acción por sí misma sino por las consecuencias que de esa acción se deriven. Se trata de una formulación empírica de la ley del refuerzo.

Sin entrar en sus complejidades y dificultades teóricas —que no son del caso aquí— puede decirse que, hoy por hoy, los modificadores de conducta aceptan la ley empírica del refuerzo. Divergen, sin embargo, en lo que se refiere a lo que significa refuerzo, a las dimensiones relevantes que ese esfuerzo pueda tener, a la parte más eficaz que todo refuerzo lleva consigo, a la aplicación o no de los refuerzos y técnicas aversivas, así como en la interpretación teórica que el refuerzo le dan, al pretendido heteromorfismo o isomorfismo entre el mundo «exterior» y el mundo «interior», etc.

A pesar de todas estas divergencias queda fuera de toda duda la existencia del refuerzo así como su gran poder a la hora de promover cambios comportamentales (3).

4. *A la hora de planear un cambio comportamental son más importantes los determinantes contemporáneos de las acciones que los correspondientes a un remoto tiempo pasado.* Este supuesto se deriva de la orientación funcionalista de la modificación de la conducta. En un sentido estricto no puede decirse que a la modificación de la conducta no le interese la historia, la biografía de la persona o grupo de personas cuya conducta intenta modificar: esa historia resulta incorporada a partir del concepto de «historia de refuerzos», «índices y planes de refuerzo» a que han estado sometidas la o las personas de referencia.

Sin embargo, en modificación de conducta se parte del hecho, banal por lo demás, de que el pasado no puede modificarse. El estudio del pasado puede servir como guía y ayuda con el fin de trazar el plan de modificación.

Pero se advierte continuamente en la formación de modificaciones de conducta que debe distinguirse muy claramente entre los índices, indicios o claves que promovieron la acción en el pasado y los índices o claves que la mantiene en la actualidad. En algunos casos pueden ser los mismos, pero no siempre ocurre así. Un ejemplo de uno de los programas de modificación que ha dirigido el autor de estas líneas puede servir como ilustración de este punto que estamos comentando:

Se trataba de un caso (P), cuyo diagnóstico psicológico convencional establecía un C.I. de 10; EC de doce años, diagnóstico psiquiátrico de «oligofrenia profunda demencial con brote psicótico». Se encontraba internado en una clínica para profundos y paralíticos cerebrales en Las Palmas de Gran Canaria. La conducta más importante en este momento era que se encontraba echado en el suelo más de ocho horas diarias sin interacción social alguna. Tras dos semanas de análisis funcional construimos un programa de moldeamiento en la situación de comida. El primer paso fue que P. siguiese las órdenes verbales (condicionamiento semántico y aprendizaje operante). Una vez aparecidas nuevas conductas y comenzado P. a integrarse dentro del mundo de la clínica —con un estudio posterior de generalización de la conducta a otras situaciones, lo que no es relevante en este punto— se celebró una sesión clínica con el fin de discutir el equipo de recuperación (psicólogos, médico neurólogo, psiquiatra, enfermeras) el plan posterior a seguir. En esta ocasión hubo una larga discusión sobre la etiología comportamental de P. (ya eliminada, por lo demás). Ninguna de las personas que participamos en la discusión sabíamos la razón. Y se tuvo que pasar a otro tema sin haberlo resuelto, tras haber puesto de manifiesto los psicólogos que debían encontrarse involucrados procesos de aprendizaje y motivación y no, por supuesto, bases orgánicas.

Dos semanas más tarde se mantuvo un diálogo incidental con la persona que tenía a su cargo a P. desde su infancia (la tía). La señora contó que, siendo P. muy pequeño, le proporcionaba una pequeña manta con una almohada para que estuviese

en el suelo y, de este modo, la «dejase tranquila» durante la mayor cantidad de tiempo posible. Se había producido un condicionamiento configuracional muy intenso y para eliminarlo tuvimos que gastar cinco meses.

Aparte de lo anecdótico del caso, importa para los propósitos que nos ocupan en este caso el señalar que aquí, como en muchas otras ocasiones, el conocimiento de las «causas» de las acciones no necesariamente lleva a su modificación. Importa, prioritariamente, ofrecer alternativas de acción, programas de modificación asentados en las posibilidades reales contemporáneas y no adentrarse, obsesionados, en la búsqueda del tiempo perdido.

Ello, por supuesto, no lleva aparejado un ingenuo ambientalismo analítico y llama a otro supuesto.

5. *La modificación de conducta cambia acciones, no personas.* En este sentido, la modificación de conducta es modesta. No pretende cambiar al ser humano sino unas determinadas acciones que el ser humano realiza. Dos problemas surgen aquí: el fragmentarismo y el que se refiere al mundo simbólico.

Por lo que se refiere al fragmentarismo; los críticos de la modificación de conducta han detectado el problema con toda nitidez: en la medida en que la modificación de conducta se ocupa de una u otra acción es, no solamente insatisfactoria a nivel teórico, sino también práctico. El primero de ellos, por cuanto que carecería de textura y distinción de niveles de acción. El segundo, claro está, lleva aparejado el problema de la sustitución de síntoma.

El tiempo de la polémica sobre la sustitución de síntomas ya pasó a la historia (Yates, 1970; Rimm y Masters, 1974; Mahoney, 1974); y ha pasado a mejor vida por carencia de estudios controlados que hayan demostrado la existencia del fenómeno. La existencia de la sustitución de síntomas es imposible con un modelo funcional en el que se acepte la finitud de respuestas posible ante una situación dada y la teoría de la incompatibilidad de las respuestas. Este modelo funcional de conducta supone la existencia de jerarquías de respuestas desadaptativas conectadas a situaciones perfectamente delimitadas y el objetivo a lograr es la eliminación de todas estas respuestas reemplazándolas por otras adaptativas. Naturalmente, ello lleva consigo una puesta a punto de técnicas depuradas de análisis funcional de conducta (4), sin las cuales es imposible

lograr este fin. Y ello, naturalmente, exige tiempo y preparación profesional.

La referencia al mundo simbólico que aquí se hace no pretende agotar, con mucho, el tema aunque sí centrar puntos de discusión. En este caso, los críticos han aducido que el ser humano es uno y que su insondable riqueza impide cualquier tipo de ataque eficaz a los problemas psicológicos que le hacen sufrir, a menos que este ataque se diriga a una reorganización total de su mundo simbólico-conceptual. La modificación de conducta no niega la importancia del mundo simbólico. Niega, sin embargo, la accesibilidad directa a ese mundo simbólico (por *Einsicht*), así como la directa e inmediata relevancia de su ataque directo. Defiende la capacidad discriminativa del ser humano que le posibilita poder comportarse de modo altamente diferenciado en situaciones distintas y promueve unas estrategias de acción de pequeños pasos, de los mínimos movimientos necesarios para alcanzar los objetivos que han sido *operativamente* definidos con anterioridad a la realización del plan de modificación. Desde aquí, defiende la realización de cambios comportamentales que, en la medida en que se utilicen diseños de consolidación (5), más que diseños de aprendizaje llevará aparejado, indisolublemente, cambios a nivel de funcionamiento simbólico. Ese cambio simbólico debe hacerse a partir de cambios comportamentales a nivel de acciones programadas.

III. LAS CUATRO FASES EN LA CONSTITUCION DE LA MODIFICACION DE CONDUCTA (6)

En opinión del autor existen cuatro fases en la historia reciente de la modificación de conducta. Se distinguen estas cuatro fases, de límites borrosos, por lo demás, en función de ciertas unidades temáticas y preocupaciones que han unido a los cultivadores de esta especialidad psicológica (7).

La *primera fase* arranca de los finales del siglo XIX (1896, publicación de la tesis doctoral de Thorndike o 1899 fecha de iniciación de los trabajos sobre el reflejo salivar de Pavlov) y terminaría en 1938, año de la publicación de la tesis doctoral de Skinner, *The behavior of organisms*. Este primer periodo podría ser caracterizado como de primeros atisbos y de demostraciones experimentales. Caracterizado por un predominio teórico del modelo

de aprendizaje pavloviano y la aparición de trabajos encaminados a ilustrar la eficacia de la reflexología —versión estadounidense fundamentalmente, esto es, desneurológizada y simplificada tal y como defendiera el primer behaviorismo watsoniano— en el tratamiento de anomalías comportamentales y un predominio de trabajos experimentales con niños. Autores de cita obligada aquí son Watson y Rayner (1920), Burnham (1924), M. C. Jones (1924 a y b), Kantorovich (1930), Dunlap (1932) y Holmes (1935, 1936).

La *segunda fase* iría desde 1938 hasta veinte años después. El año 1958 es importante entre otros, por dos sucesos importantes dentro de esta especialidad. Uno es la muerte —que pasa, por desgracia, prácticamente desapercibida— de J. B. Watson. La otra, la publicación de una obra que va a consagrar a su autor: la *Psychotherapy by reciprocal inhibition* del sudafricano J. Wolpe. Se trata de una fase que podría calificarse como de latencia o incubación.

Por lo que se refiere a la psicología del aprendizaje, se trata de un período fundamentalmente teórico, polémico y centrado en el estudio de la conducta animal. Desde finales de la época anterior y durante toda esta fase Toln (1932), Hull (1943, 1951) y Guthrie (1935, 1952), por no citar más que autores muy caracterizados, levantaron una polémica científica que desapareció con su muerte y, si bien va a dejar discípulos de la talla de Estes o N. E. Miller, estos se van a dedicar a trabajos muy otros que los que preocupaban a sus maestros.

En el caso de las aplicaciones clínicas de la psicología, es el período de prestigio de los tests: psicométricos por lo que se refiere a inteligencia y proyectivos para los procesos oréticos. En ninguno de los dos casos existía una relación clara entre resultados de las pruebas y tratamiento (Pelechano, 1976), y el curriculum del psicólogo no daba para más. En el caso de los distintos tratamientos, es la época de máximo florecimiento de las terapias psicoanalíticas cuya eficacia empezó a ponerse en entredicho a final de esta fase y cuya polémica dura hasta nuestros días: Eysenck (1952, 1960), Bergin (1971), Rachman (1973) y Lambert (1976), con nombres a considerar aquí. El problema se complicó con la aparición de una serie de autores que creían que la diferencia entre psicoanálisis y psicología científica era léxica y que podía

resolverse con una buena «traducción» de los términos psicoanalíticos. El fracaso del empeño de Dollard y Miller (1950), por no poner más que un ejemplo, resulta tan sintomático que hasta nuestros días no resulta atractivo más que a estudiantes españoles de últimos cursos de Psicología: la diferencia no estriba tan solo en un modo de hablar sino, fundamentalmente, en un modo de hacer.

En este período, sin embargo, se sientan las bases experimentales del skinnerianismo (1938, 1953) y de este período, además, data la obra más voluminosa y sistemática en la que ha colaborado el profesor Skinner: *Schedules of reinforcement* (1957) que va a revolucionar seriamente el panorama científico: no importa solamente el tipo y calidad de los refuerzos sino el modo concreto de aplicarlos, lo cual promueve una riquísima variedad de tipografías comportamentales experimentalmente generadas. La importancia de la obra es tal que no ha sido superada en los últimos veinte años y falta todavía una aportación similar en el caso del análisis experimental de la conducta humana.

La *tercera fase* puede definirse como la constitución, *de facto*, de la terapia de conducta con una impronta claramente skinneriana. El período iría de 1959 hasta 1969 o quizá, hasta el año siguiente. Existe aquí un claro predominio de los modelos skinnerianos —más— y pavlovianos —menos— por lo que se refiere a la terminología y argumentos esgrimidos por los autores a propósito de defender sus aportaciones y enmarcarlas. Es el momento de la aparición de las primeras revistas especializadas (8) y de las antologías de casos tratados con estos métodos (Ullmann y Krasner, 1965), aplicados a ambientes institucionales cerrados (Ayllon y Azrin, 1968), que de modo incidental y no sistemático logró éxitos sorprendentes y se ha convertido en una especialidad —la economía de fichas— muy difundida en nuestros días.

Mención aparte merece la aparición de una corriente dentro de la terapia y modificación de conducta que se ha desarrollado extraordinariamente desde entonces dentro del ámbito no exclusivamente clínico. Nos referimos al análisis funcional, que arrancando de una primera evaluación de la taxonomía psiquiátrica con la propuesta de líneas de acción alternativas (Kanfer y Saslow, 1965, 1969), ha encontrado en Cautela (1973) y en el grupo de Hersen (1976 a y b) exponentes de excepción, ha-

ta el punto que se requiere un entrenamiento minucioso en esta área como requisito para la formación en terapia y modificación de conducta. Y no solamente con lógicas bivariadas sino multivariadas (Hamerlinck *et al.*, 1974) y cuya preocupación se refleja en los últimos números del *Journal of Applied Behavior Analysis* (9).

Algunos hitos bibliográficos representativos de esta fase, además de los citados hasta aquí, serían la óbrita de Bandura y Walters (1963), que significa la contraréplica justa al trabajo de Dollard y Miller, la de A. W. Staats (1968), en el que se recoge la labor experimental y teórica de más de diez años del autor y el intento de formular análisis de procesos psicológicos complejos de Mischel (1968) y Lundin (1969).

La *cuarta y última fase* en la constitución de la terapia de conducta arrancaría de 1969 (ó 1970) y llegaría hasta nuestros días. Es una fase que podría denominarse de europeización de la modificación de conducta en el sentido de que han aparecido en esta especialidad psicológica una serie de temáticas características del desarrollo de la psicología experimental europea: motivación, personalidad, estrategias de solución y pensamiento aparecen claramente impregnando los desarrollos más recientes. Vayamos con ello.

En primer lugar, este es el período de aparición de las primeras obras sistemáticas. De 1969 son las dos obras de Bandura y Wolpe así como la compilación —considerada muy importante en nuestros días— de C. M. Franks. El intento por encontrar una formulación y engarce teórico de las distintas técnicas se encuentra en el libro de Kanfer y Phillips (1970), y una evaluación muy apreciable respecto a la eficacia relativa de los distintos procedimientos en el tratamiento se encuentra reflejada en la obra de Rimm y Masters (1974).

En segundo lugar aparece una escisión manifiesta entre los autores por lo que se refiere a los tipos de modelos aducidos. El conservadurismo y continuismo skinneriano —el isomorfismo simple entre el funcionamiento de las respuestas motoras y las simbólicas— ha encontrado en Homme y Cautela dos firmes apoyos y, en concreto, con la inclusión del concepto de los operantes encubiertos (*coverants*). Aires renovadores y rupturistas aparecen en la interpretación de los fenómenos de aprendizaje de Bandura (1969) y Kanfer (1975), Kanfer y Goldstein (1975): para estos autores el aprendizaje humano compro-

metería una serie de procesos psicológicos tales como la atención, codificación de información, elaboración, motivación y emisión de pautas efectoriales de respuestas irreductibles a los modelos pavloviano y skineriano. Goldfried y d'Zurilla (1971), han aplicado con éxito la metodología de la solución de problemas al tratamiento de problemas comportamentales y Broadhurst (1975), invita a una reconsideración de la teoría de la decisión en las situaciones terapéuticas. Mahoney (1974) ha presentado últimamente un análisis ciertamente crítico de los acercamientos skinnerianos.

La tercera característica importante en esta última fase es la inclusión temática de una importante novedad: el autocontrol. En el libro compilado por Eysenck en el año 1964 no aparece siquiera el término. Y lo propio hay que decir del de Ullmann y Krasner (1965), que alcanzó un gran difusión. En los libros de Franks, Kanfer y Phillips y Bandura que hemos citado más arriba, se encuentran ya partes sustanciales dedicadas al tema. Pero es después de 1970 cuando aparecen las primeras monografías científicas orientadas: la de Kanfer y Goldstein (1975), con una parte considerable dedicada al tema; la de Watson y Tharp (1972), o la de Mahoney y Thoresen (1974). En el autocontrol se trata de que el sujeto genere sus propios mecanismos de control frente a las exigencias del medio. A pesar de una serie de frutos ya dados, esta orientación se encuentra todavía en sus comienzos y faltan estudios sistemáticos acerca de las principales variables que se encuentran comprometidas en su eficacia.

La cuarta característica se refiere al uso creciente de tratamientos complejos frente a lo que se viene denominando tratamientos de amplio espectro. Hasta finales de la década de los sesenta los programas propuestos pecaban de simplismo. Faltaba el análisis de conductas complejas así como la formulación de programas sistemáticos para atacar con éxito aquellos problemas, dado que los efectos logrados no siempre eran positivos (Pelechano, 1972). Las terapias de amplio espectro se encuentran formadas (Bergin y Suinn, 1975) por un repertorio de técnicas, muchas de ellas carentes de elaboración y objetividad, que están poblando el universo de la modificación de conducta de una serie de «terapias de conducta asilvestradas» carentes de ciencia y de harto dudosa eficacia. Frente a ellas, los tratamientos complejos promueven la aplicación

de distintos procedimientos de modo simultáneo, cada uno de los cuales ha mostrado su eficacia de modo independiente y posee su propia justificación (véase, por ejemplo, el llamado modelo de técnicas integradas de cambio de conducta para alcohólicos de Vogler, Compton y Weissbach (1975).

La quinta nota se refiere al desencanto con el *bio-feedback* que ha dado menos resultados que esperanzas puestas en él (Miller, 1975) aunque parece que una vía prometedora se sitúa en el tratamiento de la hipertensión (Blanchard y Young, 1974) y en la estabilización de las arritmias cardíacas.

La sexta nota importante es la influencia reciente de los estudios relacionales entre personalidad y tratamiento: reactividad emocional situacional, factores motivacionales y ciertas diferencias en dimensiones básicas de personalidad han mostrado relaciones altas y sistemáticas con los éxitos terapéuticos (Pelechano, 1972; Brengelmann, 1977; Eysenck, 1976).

La última nota se refiere a la escala de aplicación. A finales de la fase anterior comenzaron las aplicaciones comunitarias (Wahler y Erickson, 1968) que se han potenciado en los últimos tiempos (Pelechano y cols., 1976). Las técnicas se han aplicado por teléfono y correo (Brengelmann, 1977) con resultados similares a su aplicación con trato personal directo; Mcallister (1974) ha utilizado la televisión con idénticos resultados.

Con todo, ha sido el mundo educativo el que ha recibido el mayor impacto. Desde la vieja enseñanza programada hasta los recientes intentos por encontrar nuevos modos de praxis en el aula, logro de autocontrol dentro de la rutina educativa, fomento del rendimiento académico, aplicaciones colectivas y sistemáticas de sistemas de fichas, replanteamiento de curriculum educativo y participación activa de los padres en el proceso han sido, sin duda, temas prioritarios.

IV. COMENTARIO FINAL

Todo lo que hemos dicho hasta aquí no significa que este acercamiento sea la panacea universal para todos los males. Desde un punto de vista estrictamente científico falta mucho por hacer antes de poder ofrecer una imagen

coherente de resultados sistemáticos; sobre todo, el cúmulo de técnicas y procedimientos que están continuamente apareciendo en las revistas especializadas cuyo aparato técnico-científico y conceptual no está lo suficientemente depurado. Repucci y Saunders (1974) por su parte han señalado una serie de limitaciones sobre la aplicación comunitaria de la modificación de conducta, al menos en su formulación actual, lo cual ha aguijoneado a los investigadores a la búsqueda de otras direcciones además de las ya conocidas. Rappaport (1977) finalmente ha ofrecido una consideración crítica más amplia dentro del marco de la psicología comunitaria. Ello significa, en suma, que la modificación de conducta significa una aportación indudable, aunque incompleta todavía en nuestros días, a la lucha de la humanidad por vencer desgracias y sufrimientos psicológicos de los seres humanos. Y su aplicación sistemática posibilita abrigar una esperanza fundada en su desarrollo en los años que siguen.

NOTAS

(1) Por supuesto que se trata de *una* delimitación y no la única posibilidad. O. R. White (1971), en un sentir básicamente skinneriano escribe que «en su utilización comportamental se habla de terapia como la alteración de un ambiente para moldear o condicionar una acción que se mantendrá cuando el elemento terapéutico desaparezca. A menudo no puede determinarse si un cambio específico en el ambiente es terapéutico hasta que se observe si la conducta que genera se mantiene o no después que el ambiente ha vuelto a su condición original», con las limitaciones consiguientes en esta definición de ambientalismo extremado y el problema de la reversabilidad-irreversibilidad de los cambios comportamentales logrados. Bandura (1969), define la labor de la modificación de la conducta como el estudio de los «principios psicológicos básicos que gobiernan la conducta humana dentro del esquema conceptual del aprendizaje social (... Esta misión se refiere) no solamente a la validez de los principios que la forman sino también a las condiciones bajo las cuales pueden servir como instrumento para el progreso humano». Y el ecléctico acercamiento de Rimm y Masters (1974) en un libro ya clásico se define la terapia de conducta como «cualquiera de un gran número de técnicas específicas que utilizan principios psicológicos (especialmente de aprendizaje), para tratar problemas de conducta humana desadaptativa. El término «conducta» se interpreta en un sentido amplio, abarcando respuestas encubiertas (por ejemplo, emociones y verbalizaciones implícitas), en el caso de que tales respuestas puedan ser claramente especificadas, en adición a las respuestas observables».

(2) Hasta tal punto es esto así que en alguna ocasión (Yates, 1970) se ha caracterizado el arranque de la terapia y modificación de conducta como el estudio intensivo y objetivo del caso individual.

(3) Cfr. a manera de primera orientación en este punto las obras compiladas por Glaser (1971), Tapp (1969) y la de Mcguigan y Lumsden (1973).

(4) Véase más adelante una referencia a este punto, especialmente importante, pero que necesitaría de un trabajo como el que aquí nos ocupa. Es una especialidad de la modificación de conducta y requisito imprescindible para poder ejercitarla. Pero no es este el lugar más adecuado para tematizar el análisis funcional.

(5) En un dise1o de consolidaci3n se realizan una serie de intentos m1s, una vez adquirida la secuencia comportamental requerida con el fin de alcanzar respuestas o inextinguibles o muy difciles de extinguir. Y, de modo complementario, un seguimiento en el que sea susceptible la realizaci3n de sesiones complementarias de pr1ctica que sirvan para *consolidar* lo adquirido.

(6) Lo que sigue es un apretado resumen de un trabajo del autor titulado «G3nesis y panorama actual de la psicolog1a de la modificaci3n de conducta», incluido en Pelechano, V: *Psicoterapia y modificaci3n de conducta*. Apuntes, temas 2.1 y 2.2, secc. de Psicolog1a. Univ. de Valencia, curso 1977-78.

(7) Existe una limitaci3n consciente de todo lo que sigue a la peque1a historia de la psicolog1a occidental. Falta, por supuesto, todo lo correspondiente a la psicolog1a sovi3tica que ha discurrido por otros cauces y hasta fechas muy recientes no ha empezado a ser conocida sistem1ticamente por el mundo occidental. Ello requerir1a otro trabajo.

(8) Del a1o 1963 es la primera dirigida por H. J. Eysenck y publicada en Inglaterra: *Behaviour Research and Therapy*, la decana y m1s prestigiada de todas ellas; Wolf dirige en 1968 el *Journal of Applied Behavior Analysis*, cuya primera orientaci3n fue b1sicamente skinneriana y se independiz3 despu3s. Al final de este periodo, en 1970 aparecen dos revistas importantes y con mayor ambici3n: la *Behaviour Therapy and Experimental Psychiatry* dirigida por Wolpe y la *Behavior Therapy* dirigida por C. M. Franks.

(9) Cfr. por ejemplo, la 1ltima parte del n1m. 1, vol 10, 1977 de esta revista con trabajos espec1ficos dedicados a dilucidar problemas de fiabilidad y observaci3n de Bryan, Hartmann, Baer y Kazdin, por poner unos ejemplos representativos.

BIBLIOGRAFIA

- AYLLON, T. y AZRIN, N. H.: *Token economy*. Appleton, 1968 (trad. espa1ola. Ed. Trillas).
- BANDURA, A.: *Principles of behavior modification*. Holt, 1969.
- BANDURA, A. y WALTERS, R. N.: *Social learning and personality development*. Holt, 1963 (trad. espa1ola. Ed. Alianza Univ.).
- BERGIN, A. E.: The evaluation of therapeutic outcomes (en A. E. BERGIN y S. GARFIELD (eds.). *Handbook of psychotherapy and behavior change*). Wiley, 1971.
- BERGIN, A. E. y SUINN, R. M.: Individual psychotherapy and behavior therapy. *Annual Review of Psychology*. 1975, 26, pp. 509-556.
- BLANCHARD, E. B. y YOUNG, L. D.: Clinical application of biofeedback training. *Archives of General Psychiatry*, 1974, 20, pp. 573-589.
- BRENGELMANN, J. C.: Procedimientos de modificaci3n de conducta: algunas tendencias recientes. *An1lisis y Modificaci3n de Conducta*, 1977, 4, pp. 3-18.
- BROADHURST, A.: Application of the psychology of decisions (en M. P. FELDMAN y A. BROADHURST (eds.). *Theoretical and experimental bases of behavior therapy*). J. Wiley and Sons, 1975.
- BURNHAM, W. H.: *The normal mind*. Appleton, 1924.
- CAUTELA, J. R.: Covert sensitization. *Psychological Reports*, 1967, 20, pp. 459-468.
- CAUTELA, J. R.: Covert reinforcement. *Behavior Therapy*, 1970, 1, pp. 33-50.
- CAUTELA, J. R.: Covert processes and behavior modification. *Journal of Nervous and Mental Disease*, 1973, 157, pp. 27-36.
- CAUTELA, J. R.: A behavioral coding system. *Presidential address to the seventh annual meeting of the Association for Advancement of Behavior Therapy*. Miami, diciembre, 1973.
- DOLLARD, J. y MILLER, N. E.: *Personality and Psychotherapy*. McGraw-Hill, 1950 (trad. espa1ola. Ed. Desclee de Brower).

- dunlap, k.: A revisión of the fundamental law of habit formation. *Science*, 1928, **67**, pp. 360-362.
- DUNLAP, K.: Repetition in the breaking of habits. *Scientific Monthly*, 1973, **30**, pp. 66-70.
- DUNLAP, K.: *Habits: their making and unmaking*. Liversight, 1932.
- D'ZURILLA, T. J. y GOLDFRIED, M. R.: Problem solvin and behavior modification. *Journal of Abnormal Psychology*, 1971, **78**, pp. 107-126.
- EYSENCK, H. J.: The effects of psychotherapy: An evaluation. *Journal of Consulting Psychology*, 1952, **16**, pp. 319-324.
- EYSENCK, H. J.: The effects of psychotherapy (en H. J. EYSENCK (ed.). *Handbook of abnormal psychology*). Pitman, 1960.
- EYSENCK, H. J. (ed.): *Experiments in behavior therapy*. Pergamon, 1964.
- EYSENCK, H. J.: The learning model of neurosis. A new approach. *Behavior Research and Therapy*, 1967, **14**, pp 251-267.
- FERSTER, C. B. y SKINNER, B. F.: *Schedules of reinforcement*. Appleton, 1957.
- FRANKS, C. M. (ed.): *Behavior therapy: Appraisal and status*. McGraw-Hill, 1969.
- GLASER, R. (ed.): *The nature of reinforcement*. Academic, 1971.
- GUTHRIE, E. R.: *The psychology of learning*. Harper, 1935 (ed. revisada, 1952).
- HAMERLINCK, L. A., HANDY, L. C. y MASH, E. J. (eds.): *Behavior change. Methodology, concepts and practice*. Research Press, 2nd, edit., 1974.
- HERSEN, M. y BELLACK, A. S. (eds.): *Behavioral assessment. A. practical handbook*. Pergamon, 1976.
- HERSEN, M. y BARLOW, D. H.: *Single case experimental designs. Strategies for studying behavior change*. Pergamon, 1976.
- HOLMES, F. B.: An experimental investigation of a method of overcoming children's fears. *Child Development*, 1936, **7**, pp. 6-30.
- HOMME, L. E.: Perspectives in psychology: XXIV. Control of coverants: the operantsof the mind. *Psychological Record*, 1965, **15**, pp. 501-511.
- HULL, C. L.: *Principles of behavior*. Appleton, 1943.
- HULL, C. L.: *Essentials of behavior*. Yale Unives. Press, 1951.
- JONES, M. C.: A laboratory study of fear: the case of Peter. *Pediatrics Seminar*, 1924 a, **31**, pp. 308-315.
- JONES, M. C.: The elimination of children's fears. *Journal of Experimental Psychology*, 1924 b, **7**, pp. 382-390.
- KANFER, F. H.: Autocontrol en niños: investigación y teoría (en V. PELECHANO (dir.). *I. Symposium sobre aprendizaje y modificación de conducta en ambientes educativos*). Serv. Publ. del MEC, 1975.
- KANFER, F. H. y GOLDSTEIN, A. P. (eds.): *Helping people change*. Pergamon, 1975.
- KANFER, F. H. y PHILLIPS, J. S.: *Learning foundations of behavior therapy*. Wiley, 1970 (trad. española. Ed. Trillas).
- KANFER, F. H. y SASLOW, G.: Behavioral diagnosis. *Archives of General Psychiatry*, 1965, **12**, pp. 529-538.
- KANFER, F. H. y SASLOW, G.: Behavioral diagnosis (en C. M. FRANKS (eds.). *Behavior therapy. Appraisal and status*). McGraw-Hill, 1969.
- KANTOROVICH, N.: An attempy of asociative-reflex therapy in alcoholism. *Psychological Abstracts*, 1930, **4**, pp. 493.
- LAMBERT, M. J.: Spontaneous remision of adult neurotics disorders: A revision and summary. *Psychological Bulletin*, 1976, **83**, pp. 107-119.
- LUNDIN, R. W.: *Personality: A behavioral analysis*. McMillan, 1969.
- MAHONEY, M. J.: *Cognition and behavior modification*. Ballinger, 1974.
- MAHONEY, M. J. y THORESEN, C. E. (eds.): *Self-control: power to the person*. Brooks Cole Publ., 1974.
- MALLESON, N.: Panic and phobia: A possible method of treatment. *Lancet*, 1959, **1**, pp. 225-227.
- MCALLISTER, A.: *Television as a medium for delivering behavior therapy*. Stanford Univ. Instit. for Communication Research, 1976.

- MCGUIGAN, F. J. y LUMSDEN, D. B. (eds.): *Contemporary approaches to conditioning and learning*. Winston and Wiley, 1973.
- MEICHENBAUM, D. H.: *Cognitive behavior modification*. General Learning Press, 1974.
- MILLER, N. E.: Behavioral medicine as a new frontier: opportunities and dangers (en St. M. WEISS (ed.). *Proceedings of the National Heart and Lung Institute working conference on health behavior*. DHEW, Public. No (NIH), 76-868, 1975.
- MISCHEL, W.: *Personality and assessment*. Wiley, 1968 (trad. espa1ola. Ed. Trillas).
- PELECHANO, V.: Personalidad y terapia de conducta. Un m3todo de an3lisis relacional. *Archivos de Neurobiolog3a*, 1972, XXXVI, pp. 486-516.
- PELECHANO, V.: H3bitos sociales: g3nesis, taxonom3a y trastornos (en V. PELECHANO (dir.). *I. Symposium sobre aprendizaje y modificaci3n de conducta en ambientes educativos*). Serv. de Public. del MEC, 1975.
- PELECHANO, V. et al.: *Psicodiagn3stico*. UNED, Serv. de Public. del MEC, 1976-77.
- PELECHANO, V. et al.: *Programas de entrenamiento en modificaci3n de conducta para padres, profesores de EGB y profesores de pedagog3a terap3utica*, 3 vols., ICE de la Universidad de La Laguna, mimeo, 1976.
- PELECHANO, V.: *Psicoterapia y modificaci3n de conducta*. Apuntes, Univ. de Valencia, curso 1977-78, mimeo.
- REPUCCHI, N. D. y SAUNDERS, T. C.: Social psychology of behavior modification: Problems of implementation in natural settings. *American Psychologist*, 1974, 29, pp. 649-660.
- RACHMAN, S. J.: *The effects of psychotherapy*. Pergamon, 1973.
- RAPPAPORT, J.: *Community psychology*. Holt. Rinehart and Winston, 1977.
- RIMM, D. C. y MASTERS, J. C.: *Behavior therapy. Techniques and empirical results*. Academic, 1974.
- SKINNER, B. F.: *The behavior of organisms*. Appleton, 1938 (trad. espa1ola. Ed. Fontanella).
- SKINNER, B. F.: *Science and human behavior*. McMillan, 1953 (trad. espa1ola. Ed. Fontanella).
- STAATS, A. W.: *Learning, language and cognition*. Holt, 1968.
- TAPP, J. T. (ed.): *Reinforcement and behavior*. Academic, 1969.
- THORESEN, C. E. y MAHONEY, M. J.: *Behavioral self-control*. Holt, 1974.
- THORNDIKE, E. L.: Animal intelligence: An experimental study of the associative processes in animals. *Psychological Review Monogr. Suppl.*, 1898, 2, No. 8.
- THORNDIKE, E. L.: *Animal intelligence*. McMillan, 1911.
- ULLMANN, L. P. y KRASNER, L.: *Case studies in behavior modification*. Holt, 1965.
- ULLMANN, L. P. y KRASNER, L.: *A psychological approach to abnormal behavior*. Prentice-Hall, 1969.
- VOGLER, R. E., COMPTON, J. C. y WEISSBACH, T. A.: The integrated behavior change techniques for alcoholics. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 1975, 43, pp. 233-243.
- WAHLER, R. G. y ERICKSON, M.: Child behavior therapy: a community program in Appalachia. *Behavior Research and Therapy*, 1969, 7, pp. 71-78.
- WATSON, D. L. y THARP, R. G.: *Self-directed behavior: self modification for personal adjustment*. Brooks Cole Publo., 1972.
- WATSON, J. B. y RAYNER, R.: Conditioned emotional reactions. *Journal of Experimental Psychology*, 1920, 3, pp. 1-14.
- WHITE, O. R.: *A glossary of behavioral terminology*. Research Press, 2nd printing, 1973.
- WOLPE, J.: *Psychotherapy by reciprocal inhibition*. Stanford Univ. Press, 1958 (trad. espa1ola. Ed. Descl3e de Brower).
- YATES, A. J.: *Behavior therapy*. Wiley, 1970 (trad. espa1ola. Ed. Trillas).